

PALABRA DE AMOR

Y el Señor hablaba a Moisés cara a cara, como un hombre suele hablar a su amigo. (Ex 33,11)

Amarás al señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, (de este en 6,5).

Amo yo más tus mandamientos que el oro, y oro fino. (Salmo 118)

No te alegres ante la caída de tu enemigo, ni se regocije tu corazón con su ruina (Proverbios 24,17)

Tampoco digas: como él me trató a mi, así le trataré yo a él; hablaré a cada cual según sus obras (Proverbios 24,29)

Si tu enemigo tiene hambre, darle de comer; si tiene sed, dale de beber (Proverbios 25,21)

No dejes de consolar a los que lloran, y haz compañía a los a afligidos. No se te haga pesado el visitar a los enfermos, pues con tales medios se afirma en ti la caridad (Eclo 7,38)

perdona a tu prójimo cuando te agravia, y así cuando tu imploras el perdón te serán perdonados tus pecados (Eclo28,2)

Porque si amáis a los que os aman, ¿Qué recompensa merecéis? (Mateo 5,46)

Honra a tu padre y a tu madre y, a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 19,19)

Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen (Mateo 544)

Cuanto hicisteis con uno de éstos, conmigo lo hicisteis (Mateo 25,31)

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Como yo os he amado, que os améis mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: en el amor que os tendréis unos a otros. (Juan 13,34-35)

Nadie tiene amor mayor, que el que da su vida por sus amigos (Juan 15,13)

Benedicid a los que os persiguen. Si tuviera hambre tu enemigo, dale de comer. No dejes vencerte por el mal; antes vence el mal a fuerza de bien (Romanos 12,14)

PUEDES REZAR ASÍ ...

Amigos míos,
si Dios nos ha amado tanto,
es deber nuestro amarnos unos otros;
a Dios nadie le ha visto nunca.
Si no os amamos mutuamente,
Dios está con nosotros
y su amor está realizado entre nosotros. (1ª Juan 4,11)

Desde todos los rincones,
me está llamando tu voz.
Siento tu mirada en muchos ojos
que me miran.
Oigo tu palabra
en muchas voces que me gritan.
Y en aquellos que me necesitan,
veo tu mano extendida.
Eres tú quien me pregunta
cuando veo ese niño hambriento,
o esa madre extenuada
con su hijo a la espalda.
Sé de muchos hombres
que juegan a la guerra
y alejan de la tierra la paloma blanca de la paz.
Sé de muchos hombres
que no oyen tu evangelio,
y de otros que malviven en chabolas malolientes
y de muchos más
que roban para poder seguir viviendo.
Y todos ellos me gritan en silencio,
que no viva tranquilo.
¿ Qué puedo hacer yo?
Esos niños que juegan en el barro
porque no hay sitio para ellos en la escuela,
y ese hombre sin ganas de vivir
porque no encuentra sentido a su vida,
y tantos que sufren en las cárceles,
y los que, libres no tienen libertad,
porque otros les niegan la palabra...
Pero también en todos ellos
y desde todos los rincones de la tierra,
me está llamando tu voz.

3 CUENTOS PARA ... ADULTOS

«Mi amigo no ha regresado de el campo de batalla, señor. Solicito permiso para salir a buscarlo».

«Permiso denegado», replicó el oficial. «No quiero que arriesgue usted su vida por un hombre que probablemente ha muerto».

El soldado, haciendo caso omiso de la prohibición, salió, y una hora más tarde regresó mortalmente herido, transportando el cadáver de su amigo.

El oficial estaba furioso: «¡Ya le dije yo que había muerto! ¡Ahora he perdido a dos hombres! Dígame, ¿Merecía la pena salir allá para traer un cadáver?»

Y el soldado, moribundo, respondió: «¡Claro que sí, señor!. Cuando lo encontré, todavía estaba vivo y pudo decirme: «Yack... Estaba seguro de que vendrías».

Un pastor paseando por el campo vio un árbol. En el árbol, había un nido con pajarillos. Estaban solos, pues los padres habían ido a buscar unos gusanillos para alimentarlos. El pastor cogió los pajarillos y los metió en una fría jaula de metal. Cuando llegaron los padres, viendo que no estaban sus hijos, afligidos los buscaron. Encontraron la jaula donde la había puesto el pastor y allí estaban los pajarillos revoloteando en su interior. Al verlos el pastor se dijo: «Si los padres vienen a cuidar a sus hijos con tanto esmero, quiero ver cómo los hijos agradecidos de tanto amor a sus padres, los cuidan ellos».

Cogió una red y la echó sobre la pareja aprisionándolos. Inmediatamente abrió la puerta de la jaula y, dejando libres a los hijos, metió en ella a los padres. Los hijos salieron volando y en vano los padres esperaron su regreso.

Al cabo de un tiempo, murió la pareja de hambre y de dolor.

Un niño de pocos años contemplaba una botella negra que tenía en sus manos, diciéndose en su interior: «¿Estarán dentro de esta botella los zapatos nuevos, como dice mamá?».

Después de darle muchas vueltas, cogió una piedra y rompió la misteriosa botella. Al ver que no había nada dentro, espantado por lo que acababa de hacer, se puso a llorar tan fuerte, que ni oyó el ruido de pasos de alguien que se acercaba.

Era su padre, que severo le preguntó: «¿Qué es eso?, ¿Quién ha roto la botella?. El niño quedó aterrorizado. «¿Quién ha roto la botella?», repitió el padre. «Yo...», fue capaz de decir el pobre niño, limpiándose las lágrimas.

-¿Y por qué la has roto, hijo mío?. El niño miró entonces con gran emoción a su padre. Le pareció que su padre había sentido compasión al verle así, inocente, encorvado en su desolación sobre los restos de la botella.

-Yo quería, dijo el niño llorando, ver si había dentro unos zapatos nuevos; los míos están rotos y mamá no los puede comprar. En cambio otros niños tienen zapatos nuevos...

-¿Cómo podrías imaginar, le preguntó el padre, que dentro de la botella hubiera unos zapatos nuevos?.

-Mamá me lo ha dicho. Siempre que le pido zapatos nuevos, vestidos u otras muchas cosas, me dice que están dentro, en el fondo de la botella negra. Yo creí que encontraría los zapatos nuevos allí dentro... pero no lo haré más, papa, te lo aseguro.

El padre se dio cuenta de que el niño en su candidez no sabía que la botella negra quería decir: «vicio del vino». Y, enternecido por las lágrimas, le dijo: «Está bien, hijo mío, no llores».

Después entró en la casucha, dejando al niño muy impresionado. Algunos días más tarde, el padre entregó al pequeño un paquete, mandándole que lo abriera. El niño, al abrirlo, lanzó un grito de alegría.

-Zapatos nuevos!, zapatos nuevos!, exclamó manoteando y brincando a la vez. Papá, papá! ¿Te han traído otra botella y estaban dentro los zapatos?

-No, hijo mío; ya no quiero más botellas. Tu madre tenía razón, mucha razón...

Desde entonces, nunca jamás se le volvió a ver en la taberna. Incluso aconsejaba a otros amigos de bebidas: «no hagáis que el pan y el vestido de vuestros hijos vayan al fondo de la botella negra».